

Viene de la página 3

Los Schadt se sobrepusieron al primer golpe y, aconsejados por su abogada, se mudaron al país con la promesa de que se agilizaría un proceso que estaba, prácticamente, muerto. Michael, su esposa y dos hijos hicieron las maletas y tomaron el vuelo de Miami a San Salvador. “Pasamos seis meses en el país con los gastos que eso tiene. Después de ese tiempo, el avance no era ni el 20 por ciento”, acota. Sacrificaron a los amigos, el trabajo, los estudios de los muchachos por vencer a una burocracia que había desalentado antes a otros futuros padres adoptivos.

Sin ir más lejos a una docente de Barcelona esperó en vano cinco años la adopción de un niño. Y todo porque, según se conoció, era madre soltera. Madre soltera en un país donde, por diversas circunstancias, al frente de la mitad de las familias hay un único rostro de mujer.

Los cuatro regresaron a Estados Unidos sin Sofía. El Isna y la OPA siguieron su enredo particular, creando una y otra excusa para dilatar más el proceso -un documento nuevo que a los Schadt no les habían pedido antes, la firma de una que, en teoría, correspondía a la otra...-. Los días pasaban y Sofía crecía en el albergue de Zacatecoluca con una familia a miles de kilómetros, en unas condiciones poco adecuadas y con el riesgo de una infección muy presente.

“Lo que más quebranta mi corazón es ver que estos huérfanos no tienen aire acondicionado ni ventiladores, ahí está caliente. Algunos tienen desnutrición, portadores del VIH y sufren. Ahora usted va al Isna (oficinas) y es como que usted camine en un centro de cómputo de la IBM -equipos y mobiliario nuevo, a todo lujo-. Y ellos dicen que son los que están cuidando a los huérfanos...”

Al ser portadora del VIH, el caso de Sofía era especial. Debió haberlo sido. Adoptar a un niño con esta enfermedad crónica es raro, según varios abogados que median en adopciones. Los clientes no los piden. La Oficina para las Adopciones (OPA), dependiente de la Procuraduría, entendió, aunque tarde, algo no escrito en el proceso: el amor de los Schadt por la niña. Sólo entonces aceleró los trámites de su competencia. Con el Isna, según cuenta el señor Schadt, no pasó lo mismo.

Esta institución se encarga de calificar a un niño como sujeto de adopción; la OPA, de asignarlo. La duplicidad de funciones, los vacíos de ley hacen, por ejemplo, que el trámite para que un huérfano pueda pasar al Es-

LA HORA ESPERADA

SOFÍA CAMINA CON SUS PADRES PARA ABORDAR EL AVIÓN QUE LA LLEVE A SU NUEVO HOGAR. LA PEQUEÑA VIVE HOY EN TAMPA, FLORIDA. APRENDE INGLÉS, MEJORA SU ESPAÑOL Y ESTÁ EN CONTROL MEDICO PARA TRATAR SU ENFERMEDAD



Al completo
Los Schadt, todos juntos.

FAMILIA SCHADT

MICHAEL Y SANDRA SCHADT POSAN JUNTO A SUS TRES HIJOS: LEVI Y MICAH, DE 13 Y 12 AÑOS RESPECTIVAMENTE, Y SOFÍA EN SAN PEDRO MASAHUAT.



AMIGOS DE SOFÍA LA DESPEDIDA

tado y, por tanto, ser sujeto a ser adoptado dure hasta dos años. Hasta la semana pasada, ninguna de las dos instituciones quiso hablar del caso de Sofía.

A escasos metros, la velada alcanza su cenit y los acordes de guitarra suenan más fuerte. Las palabras de Schadt no descargan rencor aunque le cuesta creer lo vivido. No contesta directamente cuando se le pregunta si, en algún momento, llegó a pensar en aban-

donar, en darse por vencido. Tras un silencio más largo que otras respuestas, contestó: “Quiero ser honesto y en cierto momento pensé que no era la voluntad de Dios. No tenía sentido un bebé sufriendo en el orfanato y, a la vez, listo para ser adoptada”.

Schadt viajó dos veces más con su familia para intentar regresar todos, Sofía incluida, a Florida. No pudo ser. En los tres años, Michael vino al país tres

veces más. Siempre, salvo la última, volvió con las manos vacías.

El 22 de julio pasado, la cita para finiquitar el proceso fue en los Juzgados de Familia de Zacatecoluca. La familia regresó al país, por tercera vez. La jueza no se presentó. “Mis hijos tuvieron que volverse solos en avión porque iban a comenzar la escuela”, recuerda Michael. Una semana después, una audiencia rápida terminó con más de tres años de frustración. Una

vez que la jueza finalizó la redacción y selló los documentos, Sandra, como madre legal de Sofía, se acercó y le preguntó: “la puedo besar”. Ana Sofía Bernabé Cruz es, desde entonces, Sofía Obella Schadt. Vive en Tampa, Florida, aprende inglés, mejora su español y tiene su propio cuarto. Un espacio que cuando lo vio se le abrieron los ojos. Ni corta ni perezosa, sin saber a quien abrazar, apachurró la cama. Su cama.